

**La intervención y los cuerpos fragmentados.  
De las narrativas del dolor  
a la reinscripción social**

**La recuperación de lo propio. Sujeto, lazo social  
y deseo, otra vía de acceso a las problemáticas  
sociales complejas**

Desde una nueva mirada al contexto de la intervención, es posible aproximarse a los lazos sociales a partir de comprenderlos como elementos relevantes en la construcción de procesos de identificación, subjetivación y socialización. Los lazos sociales construyen al sujeto desde la existencia de un otro, al que le otorgan identidad y lo introducen dentro de la cultura. En un contexto en el que la vida cotidiana muestra dificultades de construcción de sentido de pertenencia e identidad, lo que sobresale como problema en los escenarios de la intervención es una fuerte crisis de las formas y los lugares típicos de socialización.

En esos espacios es donde el sujeto se va construyendo en relación con los otros, con su historia, con su cultura. La crisis de estos espacios de socialización en tanto esferas de encuentro con el otro supone un impedimento en el desarrollo de las potencialidades, capacidades y habilidades de cada persona. Desde esta perspectiva, la

intervención en lo social se encuentra frente a nuevos interrogantes que la separan de sus mandatos fundacionales. No se trata ya de detectar la anormalidad, lo discordante o lo "disfuncional", sino de iniciar otro camino en la búsqueda de esa singularidad ligada a los talentos, pericias, destrezas que ese otro posee en forma latente o potencial. Las desigualdades y los padecimientos generados en las últimas décadas impidieron, en gran parte, esas conexiones, esas formas de construir con los otros, de insertarse dentro de la cultura. La intervención se ubica en esta nueva paradoja que actualiza las viejas tensiones de sus mandatos fundacionales, emancipación o coerción, donde lo que construye libertad se encuentra dentro de la esfera de la cultura de ese otro, dentro de su propia subjetividad. No se trata de cambiar una subjetividad por otra, sino de facilitar la expresión de lo propio. ¿Cómo construir formas de intervención que salgan de esa contradicción fundacional?

Tal vez, la respuesta a esa pregunta se encuentre en la recuperación de formas de entender la necesidad, ubicarla nuevamente dentro de la esfera de los derechos, incorporando las nuevas cuestiones que surgen de las propias dificultades del contexto. Considerar, quizás, el hecho de formar parte de un todo social como un derecho, no sólo en función de la inclusión sino también desde el carácter material y simbólico de la cuestión: el desarrollo de capacidades y habilidades también se presenta como un derecho por recuperar en contextos donde la pregunta por la ciudadanía ha tenido respuestas muy profundas desde lo formal.

De todas formas, hace falta algo más: se es sujeto de derecho, pero también se es sujeto deseante, el deseo le es inherente al sujeto. ¿Cómo hacer que las barreras impuestas por las diferentes formas de la exclusión, sean atravesadas y permitan nuevas formas de relación entre

sujeto y deseo? Recuperar, sencillamente la capacidad de ser:

Quien desea ya tiene lo que le falta, de otro modo no lo desearía, y no lo tiene, no lo conoce, puesto que de otro modo tampoco lo desearía. Si se vuelve a los conceptos de sujeto y de objeto, el movimiento del deseo hace aparecer el supuesto objeto como algo que ya está ahí, en el deseo, sin estar, no obstante “en carne y hueso”, y el supuesto sujeto como algo indefinido, inacabado, que tiene necesidad del otro para determinarse, complementarse, que está determinado por el otro, por la ausencia (Lyotard, 1964).

A partir de estas cuestiones es lícito pensar que gran parte de la población se encuentra no “al margen” sino excluida de la sociedad, es decir, sencillamente, no forma parte de ésta. Esta exclusión no se expresa sólo en el terreno de la pobreza y las desigualdades socioeconómicas, también es una marca que atraviesa a toda la sociedad de diferentes maneras, con distintas caras constructoras, al fin, del desencanto. Por ello, las prácticas típicas de reinserción y de rehabilitación se enturbian, dado que la demanda hacia la intervención puede provenir de sujetos que nunca formaron parte de la sociedad. De allí entonces que desde la intervención se puedan pensar otras categorías de análisis como las de “inscripción” o “reinscripción” que abarquen a los que quedaron fuera, los que padecen subjetivamente la posibilidad de estarlo o los que sencillamente nunca estuvieron.

Las problemáticas sociales complejas expresan de diferentes formas esos temas que, en definitiva, atraviesan todo el escenario de la intervención, y generan nuevos guiones, papeles y tramas; lo que sobresale es lo novedoso del padecimiento, especialmente, por su heterogeneidad.

Los lazos sociales sufren el impacto pero generan, a pesar de todo, nuevas formas de asociación relacionadas con nuevos esquemas que a veces se presentan con formatos fuertemente fragmentarios. La "ausencia" del lazo social y su crisis forman parte de los padecimientos de este nuevo siglo. Es posible observar aquí otra vía de acceso a la complejidad de la cuestión social actual, de la que surgen temas que se hacen inmediatamente transversales y sobrepasan la especificidad de cada institución, desde su comprensión y explicación hasta el sentido mismo de la intervención. Entonces, las problemáticas sociales complejas también se caracterizan por su movilidad y permanente metamorfosis. Por ejemplo, una internación en un hospital puede provocar interrogantes, inconvenientes y urgencias que trascienden la esfera institucional del campo de la salud. Lo mismo ocurre con la escuela, donde el objetivo de la intervención incluye desde la educación, la violencia urbana y doméstica, hasta las adicciones y la alimentación.

Estas cuestiones muestran la necesidad de pensar la intervención en escenarios complejos atravesados por múltiples lógicas y con la preeminencia de una u otra, según planos muchas veces azarosos.

A partir de estas circunstancias, la intervención en lo social requiere, tal vez, horizontes que marquen nuevas posibilidades, tales como la revalorización del lugar de la historia social como biografía en la que se ubican las diferentes formas del padecimiento, pero también las capacidades, las habilidades y las expectativas del otro. Desde la intervención es necesario acceder a las significaciones e inscripciones que implican, en términos de desazón y desesperanza, la vulneración de derechos sociales y ciudadanos y su impacto en el desempeño de papeles sociales y en el desarrollo de la persona. También orientando la acción en función de poder reconstruir con

el otro su propia trayectoria singular e intentar, de esa manera, ampliar el conocimiento para acceder a las capacidades, habilidades y potencialidades de cada persona; estableciendo espacios de acuerdo donde se trabaje desde la discusión el sentido de cada aspecto de la intervención. Es necesario, además, examinar las posibilidades de revinculación familiar y territorial; reconstruir instancias de socialización; analizar el impacto de la pérdida de derechos en el contexto de su restitución real; siempre con el objetivo de generar de esta manera otras formas de inscripción social desde la incorporación de nuevos sentidos de la intervención en lo social.

El concepto de reinscripción llevado a la intervención social implica la deconstrucción de procesos de estigmatización, a partir de un abordaje singular del padecimiento objetivo y subjetivo. Pero, básicamente, reinscripción significa la recuperación de la condición sociohistórica del sujeto. De allí que la intervención se enuncie como posible dispositivo de reconstrucción de subjetividades, entendiendo a la necesidad como el resultado de derechos sociales no cumplidos, considerando la intervención como un medio y no un fin en sí misma, a partir de que contribuye a la integración de la sociedad desde una perspectiva inclusiva. La intervención se transforma en un hacer de tipo anticipatorio, en la medida en que pueda recuperar su carácter estratégico, dado que la principal característica de su escenario es ser el lugar de encuentro entre lo macro y lo microsocioal.

### **Las historias sociales como textos. Las narrativas del padecimiento**

Las historias sociales pueden ser entendidas como textos, en tanto registro, pero también como una forma

de reflexión y conocimiento, ya que de la escritura e interpretación de lo que se escucha surgen formas de comprensión y explicación. El registro implica una multiplicidad de atravesamientos, que muestran a la intervención como un proceso de análisis y la posibilidad, por eso mismo, de alejarse o acercarse a una situación. En la intervención se entrecruzan diferentes formas de narrar, especialmente en el relato de ese otro que se presenta en el lugar de la demanda.

Las narrativas sociales son formas lingüísticas que en el proceso de intervención pueden parecer limitadas, pero que están relacionadas con una enorme cantidad de conexiones con diferentes esferas comprensivo-explicativas que condicionan su accesibilidad. En las narrativas se entrecruzan narrador y oyente con diferentes concepciones de mundo. Es por ello que las narraciones sociales no son neutras, ya que se inscriben en la identidad de las partes. Las diferentes formas de expresión también implican diferentes encuentros entre la vida subjetiva, la cultura y la experiencia con las representaciones culturales. Las narrativas también atribuyen significados a través del relato, donde se entrecruzan pasado, presente y futuro, y construyen el "mundo" de la experiencia del padecimiento. Estos discursos, en tanto procesos, se cimientan dentro de la propia biografía y, en términos subjetivos, la narración erige explicaciones y comprensiones de las diferentes vivencias. También por medio de las narraciones sociales se accede al cambio de percepción de los fenómenos, tanto individuales como colectivos. Son, asimismo, formas de presentar las causas de los problemas, el impacto de ellos, sus consecuencias en la vida cotidiana, los cambios que se producen luego de determinadas circunstancias, que pueden ser entendidos desde la perspectiva de "ruptura biográfica".

El concepto de "ruptura biográfica" es útil para acce-

der a las inflexiones del relato y constituye la entrada a nuevas formas de significación; en el proceso de intervención, se relatan situaciones que son comprendidas como relevantes por quien las narra. La transformación de las identidades en determinadas circunstancias, como el abandono, la pérdida de empleo, y los cambios en la identidad a partir de enfermedades o situaciones con alto contenido simbólico (drogadicción, infección por VIH, conflicto con la ley, ingreso a situación de calle, entre otras cuestiones) dan cuenta de transformaciones en la identidad que pueden ser analizadas desde las nociones de "carrera moral" (Gofmann) o trayectoria de enfermedad (P. Conrad). También pueden observarse situaciones de ruptura biográfica a partir de determinadas enfermedades, o por el ingreso a instituciones correctivas y asistenciales, o por pérdidas que son consideradas como significativas por quien narra la historia. Este concepto de "ruptura biográfica" amplía las posibilidades de conocer el contexto del relato, sus condiciones culturales de producción y los diferentes campos de interacción en que éste se presenta, así como la visión propia de los aspectos significativos del problema, la explicación causal de sucesos que lo constituyen y una serie de conexiones entre las diferentes formas de comprender y explicar el problema. De esta manera, el relato biográfico aporta información directamente relacionada con las diferentes vivencias.

Las narrativas del padecimiento permiten acceder a los diferentes órdenes de la historia de vida que implican desde los procesos de socialización hasta las disoluciones. En este lugar de escucha, el sentido de la intervención se relaciona con conocer en profundidad la complejidad del problema que se presenta y con acceder a las problemáticas sociales complejas. Las narrativas sociales tienen la particularidad de que son esencial-



mente transversales, vinculan esferas que fueron separadas por las diferentes especializaciones. Tal transversalidad del relato permite elaborar nuevas formas de abordaje, de gestión, que se pierden en escuchas recortadas o específicas o cuya resolución se hace más complicada. No se trata sólo de una escucha sino que, además de la actitud de ésta en el proceso, implica una posibilidad de conocimiento más amplia y compleja en función de las perspectivas de transformación y de recuperación que la intervención en lo social aporta.

### **La intervención como dispositivo**

La intervención en lo social se presenta como un instrumento de transformación no sólo de las circunstancias en las que concretamente actúa, sino también como un dispositivo de integración y facilitación del diálogo entre las diferentes lógicas que surgen de distinta forma comprensiva explicativa, de los problemas sociales, de las instituciones y de los contextos y escenarios de las que son emergentes. Desde esta perspectiva, la intervención en lo social como un dispositivo (en el sentido que le otorga Michel Foucault) sería básicamente el producto de una trama de relaciones que se pueden establecer entre diversos componentes (contextuales, subjetivos, institucionales e instrumentales), que abarcan una gran cantidad de esferas y que se encuentran en determinadas circunstancias.

La intervención en lo social es, en el presente, una forma de articulación y generación de diálogos entre diferentes instancias, lógicas y actores institucionales; una posibilidad de construir formas articuladas y transversales de respuesta a la complejidad de los problemas que se presentan.



La actual crisis de lo normativo a nivel institucional interpela por su dificultad o imposibilidad de aplicación. Entender las relaciones intra e interinstitucionales según el concepto de dispositivo puede ser útil en la medida en que éste permite una mirada más amplia, y la posibilidad de hacer actuar distintas formas de acción desde diversas nociones, que abarcan diferentes perspectivas comprensivas y explicativas de los problemas sociales, como así también de las nociones de tiempo y espacio.

La idea de "tiempo" hoy se presenta también en forma heterogénea, tanto para el sujeto sobre el que se interviene como para los diferentes espacios institucionales e interinstitucionales. Incluso dentro de una misma institución se pueden encontrar nociones de tiempo diferenciadas. Lo mismo ocurre con respecto al uso del espacio y el sentido del mismo. Las ideas de tiempo y espacio no son iguales para el sector de la educación que para el sector de la salud; de allí que las expresiones conflictivas, los reclamos y la dificultad de relación e interacción sistémica tal vez tengan que ver con la pérdida de diferentes instancias que las aglutinaba, pero que marcaba su sentido desde un lugar de autoridad y legitimidad.

Desde la intervención, tal vez, se haga necesario volver a pensar las diferentes representaciones instrumentales desde las instituciones, básicamente en relación con su "sentido".

Pensar la intervención como dispositivo también implica una reflexión acerca de su "lugar", es decir, si se construye como conocimiento *a priori* o *a posteriori*. Dado que su saber proviene de la práctica cotidiana, la intervención se funda en el hacer y desde allí debe abreviar el conocimiento y especialmente las preguntas a otros campos de saber. La intervención en lo social básicamente, entonces, se vincula con el conocimiento *a posteriori*.

## El sentido epistemológico de la intervención

La intervención implica una serie de acciones, mecanismos y procesos que construyen representaciones de ese "otro" sobre el que se interviene. Como campo, es un lugar de construcción de creencias, hábitos y modalidades de hacer; y es un lugar de certezas y de incertidumbres.

La intervención en lo social posee una dimensión epistemológica, porque el proceso de intervención implica una toma de decisiones vinculadas con conceptos, interrogantes y categorías de análisis. Desde allí se construye su sentido, no un objeto de estudio. No implica necesariamente el desarrollo de una investigación; sí, la aplicación de determinados procedimientos instrumentales, estratégicos, que apuntan a profundizar el conocimiento de una situación con fines de intervención. De allí que la evidencia empírica surge de la práctica misma, y sobre esa base se construyen las preguntas, que generan respuestas producto de diálogos con la propia experiencia, la trayectoria de la intervención en ese campo y el conocimiento que aportan otros campos de saber. La importancia de lo metodológico en la intervención en lo social se vincula con la coherencia entre las técnicas de recolección de datos y su análisis. Esta intervención implica una serie de dimensiones que, dadas sus características, trascienden las propias de la investigación, ya que pone en acto muchas producciones de este campo. La dimensión metodológica de la intervención da cuenta de la capacidad de actuar frente a los interrogantes que genera la demanda, lo que implica también una dimensión de orden epistemológica, vinculada con la capacidad de reflexión frente a diferentes formas de conocimiento.

Además, la intervención involucra un compromiso ético, dado que se interviene no sólo sobre los proble-

mas sociales, sino en función del padecimiento que generan. En este aspecto, la reflexión también se orienta hacia los diferentes condicionantes de la intervención, a partir de aspectos desiguales, pero esencialmente a partir de prácticas, representaciones sociales y construcciones discursivas que la preceden y que, de algún modo, le imponen un orden, una ley que le confiere dirección al hacer. La reflexión ética que envuelve las prácticas las obliga a mirar hacia su propio interior, dialogar con su propia historia, con los atravesamientos del contexto, analizando críticamente los argumentos que la construyen, y reflexionando acerca de las motivaciones que se tienen en cuenta antes de tomar una decisión. La deliberación, en tanto reflexión, hace responsable a la intervención y ratifica o no la propia autonomía de una práctica.

En la intervención, la reflexión ética implica una revisión de los marcos conceptuales desde donde se actúa y de los esquemas de justificación. Es, por eso, un lugar de formulación de nuevas preguntas, un espacio donde se construye la agenda pública, teniendo en cuenta las dimensiones de lo micro en lo macrosocial.

La intervención también es un “lugar” de generación de acontecimientos, donde se rompe la dicotomía individuo-sociedad, con la posibilidad de visualizar relaciones de fuerza que se invierten, desde un vocabulario recuperado. Es decir, la posibilidad de encontrar nuevos espacios para la palabra.

La intervención en lo social muchas veces hace manifiesto aquello que no se visualiza, que se encuentra establecido, a partir de un determinado orden. En definitiva, la intervención es un “hacer ver”, que no agrega ni quita nada a ese “otro” sobre el cual llevamos adelante nuestra práctica cotidiana.